

SUD-AMERICA

REVISTA CIENTIFICA I LITERARIA

SANTIAGO, AGOSTO 10 DE 1873

LA INSTRUCCION DEL PUEBLO

POR E. DE LAVELAYE

(CONTINUACION)

CAPITULO II

LA INTERVENCION DEL ESTADO EN LA ENSEÑANZA PRIMARIA ES IN-
DISPENSABLE

¿Es justo, es útil, que los poderes públicos, obrando por medio del impuesto,—Estado o comuna, poder central o administracion local,—intervenga en la instruccion?

A esta pregunta dos grupos de hombres cuyo número, es menester confesarlo, tiende a aumentar desde algun tiempo; han respondido sin vacilar que esa intervencion era no solo inútil, sino perjudicial. Son por una parte los economistas a todo trance, que creen resolver todos los problemas de organizacion social por el monótono estribillo de *dejad hacer*; de otra parte, los católicos retrógrados que no ven salvacion para la sociedad sino en su completa sumision a la Iglesia, i que se llaman habitualmente clericales.

Los primeros, considerando a la sociedad como emancipada i al individuo como mayor, rechazan todo lo que puede contrariar la accion de la competencia, segun ellos soberana; los segundos miran el Estado como incapaz de profesar doctrinas, puesto que no tiene ni puede tener, dicen, ni certidumbre, ni relijion, ni ciencia.

Por especiosas que parezcan estas objeciones de los liberales

LA HOMEOPATIA

I SU INFLUENCIA SOBRE LA MEDICINA DE OBSERVACION

(Lectura hecha en la Academia de Bellas Letras)

Creo de cierta utilidad leer ante esta ilustrada Academia algunas observaciones sobre la homeopatía, una de las formas del misticismo médico que ha levantado mas alto i por mas largo tiempo la voz de sus pretensiones, en oprobio de la medicina científica i experimental; i lo creo tanto mas, cuanto que esa estravagante doctrina, que hoi no tiene razon de ser, como práctica, sino entre un vulgo de fanatizados o de ignorantes, ha podido, a mi juicio, como tantos otros errores en la historia de la ciencia, ejercer en los progresos de la medicina, alguna mayor influencia que la que se estaria dispuesto a concederla en vista de sus estafalarias teorías.

El espiritismo, el iluminismo i otras mistificaciones análogas que aun hoi dia encuentran defensores, propagandistas i prosélitos no vienen a ser, en último resultado, sino la confirmacion mas obvia de la hipótesis materialista, tan accesible al razonamiento i al análisis, cuanto son de vagas i oscuras las teorías metafísicas en que aquellas se apoyan. De la misma manera, la homeopatía, su hermana lejítima, debe considerarse *a priori* como la mejor prueba de certidumbre que podria aducir, si fuese necesario, la medicina tradicional. Pero la influencia de este quimérico sistema no se limita solo a eso, i hé aquí lo que voi a desarrollar en las pájinas que siguen.

Mucho se ha escrito en pro i en contra de sus teorías, como hai tambien bibliotecas enteras sobre el sonambulismo magnético i demas cabalas, que hoi se clasifican con el dictado irónico de *ciencias ocultas* o *pseudo ciencias*.

No me ha tentado nunca el hojear los gruesos volúmenes del

doctor Matta i otros que atacan el sistema, ni mucho menos las apolojías de sus entusiastas defensores.

A la verdad que me cuesta trabajo comprender cómo aquella doctrina, que principiaba poniendo en duda las bases mismas de las ciencias de observacion, pudiera merecer el honor de largas i detalladas refutaciones.

No obstante, toda vez que se ha traído al terreno de la discusion, entre nosotros i en todas partes, el asunto en cuestion ha dado oríjen a polémicas apasionadas, en que no se han salvado ni los respetos personales, ni los de la ciencia. Por lo mismo, creo prudente decir desde luego que no voi a hacer una refutacion de la homeopatía, ya condenada por todas las Academias i por todos los hombres sensatos, sino únicamente a investigar qué papel ha desempeñado en el desarrollo progresivo de las ciencias médicas. Estudio de crítica i de historia, creo que estos apuntes pueden ofrecer algun interes a las personas que tienen la benevolencia de oirme.

Hoi, decia, que el positivismo, como la doctrina filosófica mas segura, es, con diversas variantes, la profesion de fé de todos los espíritus serios, se concibe con mas dificultad que el espiritismo, el iluminismo i demas sistemas extracientíficos, encuentren, no digo defensores, pero ni siquiera lectores entre la jente ilustrada.

Hoi que el progreso en medicina, lleva la conocida divisa "*verdad en la ciencia, realidad en el arte*" han perdido de hecho su antiguo i usurpado prestigio, todos esos sistemas anti-naturales que pudieron surgir i hallar atmósfera en el caos de las supersticiones i del misticismo.

En hora buena, que tales doctrinas puedan invocar el apoyo de hechos reales i efectivos que importe conocer i explicar; mas, para llegar a la interpretacion de esos hechos, débese seguir la senda recta i segura, trazada por las ciencias experimentales.

En la antigüedad el trueno i el relámpago fueron considerados como un instrumento de la divina cólera, i el hombre llegó naturalmente hasta hacerlos un atributo esencial de la divinidad misma. Pero el jenio debia apoderarse del secreto del Júpiter olímpico de la mitología pagana: la ciencia analiza los fenómenos eléctricos, descubre sus leyes, i el hom-

bre imita el rayo, inventa el telégrafo i prende una nueva antorcha en el altar sagrado del progreso.

¡Cuántos errores, cuantas preocupaciones, que aun hoy dia son el patrimonio del vulgo, no se han desvanecido i han desaparecido al fin, a medida que la ciencia ensanchaba el círculo de sus meditaciones i de sus descubrimientos!

Es cierto que ignoramos, e ignoraremos siempre talvez, las causas primeras de los fenómenos, calor, luz, electricidad, atraccion, etc., quizá se llegue algun dia a simplificar inmensamente su estudio, i como dice Buchner, en vez de hablar de *las fuerzas*, hablemos de la *fuerza*; pero mientras que esa solucion no sea mas que un *desideratum*, una aspiracion, una tendencia de los estudios científicos, no podemos admitir ningun principio avanzado, en órden al conocimiento de las causas, cuando se trata de despejar una incógnita cualquiera, en la estensa órbita de los fenómenos de la naturaleza.

Hipótesis por hipótesis, vale mas, sin duda, la que se presta a esplicaciones sencillas i racionales que la que invoca el misticismo o la fe: vale mas la exajeracion del materialismo con todas sus consecuencias, que ese idealismo ultra, cuyo menor inconveniente son las teorías metafísicas i sobrenaturales de que se rodea. Pero lo que importa sobre todo, ántes que el conocimiento de las causas primeras o finales, ántes que los diversos sistemas de ahí emanados, es el método científico, único e irrecusable *criterium* de los hechos o doctrinas proclamadas por los inventores, los innovadores i los sistematizadores.

Ahora bien, la homeopatía colocada en este terreno, debe ser considerada en sus fundamentos o principios científicos i en los resultados que promete, en la doctrina i en la práctica, en una palabra como ciencia i como arte.

Como ciencia, es un producto bastardo de antiguas teorías rejuvenecidas e injertadas en la metafísica alemana, i cuyos principios fundamentales, si algo tienen que no sea una vana fantasmagoría, son el remedo o sofisticacion de ciertos aforismos de Hipócrates i de la filosofía ultra-especulativa de los tiempos, en que floreció el sistema.

Bajo el punto de vista del arte, su importancia es nula e ilusoria como medio curativo de las enfermedades, pero no así

como crítica de ciertas ideas i prácticas que han prevalecido por mucho tiempo en el arte de curar.

Entro en materia.

La medicina, como todos saben, íntimamente relacionada con la mayor parte de los conocimientos humanos, debía reflejar en su marcha histórica el movimiento de las doctrinas e ideas, que dominando por largos años las discusiones escolásticas, han servido de rémora a los progresos de las ciencias de observacion.

Así ha sucedido, en efecto.

A principios del siglo, imperaba en Alemania la filosofía que Kant i otros llamaban *trascendental*, cuyo dominio eran los espacios imaginarios i cuya forma oscura i vaporosa, cuanto vacia de significado i a menudo falsa i absurda, debía naturalmente arrastrar las inteligencias a los mas lamentables extravíos. Cobró entonces fuerza i vigor la medicina mística i májica, i así como en los mas clásicos días de la edad media, la ciencia tuvo que ceder otra vez su puesto a los milagros, los amuletos i las apariciones.

De ahí tambien dimanó Hanhemann, el patriarca de la homeopatía, quien, como Paracelso, dos siglos antes, pretendia no menos que suplantar la medicina tradicional, hacia tabla rasa de todos los conocimientos adquiridos, afirmando, en el tono de la mas profunda conviccion, que ántes de él, la ciencia no habia sido mas que un absurdo, una ilusion deplorable que comprometia la salud i la vida del jénero humano.

Se anunciaba, pues, como todos los falsos innovadores que, tanto en relijion como en ciencia, han hecho siempre gala de arrasar hasta los cimientos el edificio de las antiguas doctrinas, imponiéndose a los nuevos afiliados mas por el prestigio de la novedad i de la fé que por la fuerza del raciocinio: táctica o procedimiento que, si bien es el reverso de toda investigacion séria i positiva, ahorra el trabajo de comparacion i de exámen, habla a la imaginacion ántes que a la reflexion, estimula el amor de lo maravilloso, innato, al parecer, en el corazon humano, i nó el amor de la verdad, fruto de la meditacion i del

trabajo; i admite, en fin, todas las formas declamatorias del estilo, tan propias para encubrir con la hinchazon i el brillo de las palabras, la futilidad de un razonamiento falso.

Hanhemann, dotado de una vigorosa fantasía, no necesitaba para asegurarse el éxito, sino imitar el charlatanismo grandilocuente i afortunado de Paracelso, declarando bien alto su propósito de enseñar la verdad única, a la cual conduciría por rumbos no explorados hasta descifrar los misterios de la salud i de la enfermedad. La Anatomía i la Fisiología, bases de las ciencias médicas, eran para él un libro cerrado e inútil, desde que podia llegarse al descubrimiento de las leyes de la vida por un simple esfuerzo de imaginacion. La pobre *alopatía*, como él la llama, limitada solo a observar lo observable i que llevaba su timidez hasta no atreverse a sondear el secreto de la existencia, debia inspirarle el mas profundo desden.

El innovador necesitaba plantear las bases de su sistema precisamente sobre el conocimiento del principio de vida; las fuerzas de la materia, de ese *impetum faciens* que da movimiento i accion a los complicados resortes de nuestro organismo. ¡Eterna cuestion erizada de insolubles dificultades! Pero hé aquí que Hanhemann divisa entre la materia i el principio de vida una tercera entidad, una especie de *mediddor plástico*, que él denomina *dinamismo*, i la incógnita queda despejada.

Sobre esa trinidad fantástica que tomaba cuerpo i vida ante los ojos de su imaginacion, va a fijar toda la fuerza pensante i creadora de su cerebro, a sorprender el por qué de cada síntoma i de ahí la esencia de los trastornos morbosos, el quid de la patología entera! ¡Vanas especulaciones que la escuela positivista, única que guarda armonía con las conquistas i el espíritu de la ciencia actual, ha relegado a la historia de las alucinaciones del espíritu humano! No era por otra parte preciso hacer mucho gasto de audacia o de talento, en la empresa de promulgar un nuevo dogma *se dicente científico*, cuando en aquellos tiempos eran discutidas i aceptadas i tenian sus defensores i sus libros, hasta las groseras patrañas del sonambulismo magnético, cuando la filosofía misma, clave i vínculo comun de todas las ciencias, se veia asediada de los mas tristes errores, de los vicios de forma i de fondo, mas estravagantes i ridículos que habia podido inventar la metafísica de los espacios imaginarios;

época en que las ciencias de observacion no habian alcanzado sino un estrecho desarrollo, i el método experimental no tenia todavia un Majendie, un C. Bernard que lo hiciera servir a la trasformacion de los estudios médicos, precursores de esa pléyade de sabios que hoi ilustran a la Alemania i a la Francia científicas.

Admitido por Hanhemann que las enfermedades no son otra cosa que modificaciones o desviaciones del dinamismo vital, se hacia indispensable *dinamizar, espiritualizar*, si se nos permite la expresion, los medicamentos destinados a rectificarlas. Ahora bien, para zanjar todas las dificultades, ideaba, en los horizontes de su fantasía, la subdivision hasta el infinito, el fraccionamiento atómico de la materia medicinal, sin salir de la lójica de su singular sistema. A mayor subdivision i a mayor frote molecular, mas enerjía curativa del remedio. Una gota de *drosera* (testual) diluida treinta veces, dándole 20 sacudidas a cada dilucion, es un veneno para un niño con cogucluche; al paso que con solo dos sacudidas, se obtiene un remedio pronto i eficaz para la misma enfermedad (órganos prop. 339).

I así llega, de paradoja en paradoja, hasta dar aparentemente trabazon i forma a una doctrina fantástica e incomprensible, como la filosofía de que procede, i que parece destinada a vivir en perpetuo divorcio con el sentido comun.

Pero dejemos de mano el análisis de estas teorías, que apénas si tienen un interes histórico, i lleguemos a ocuparnos de la cuestion práctica; pesemos los resultados, buenos o malos, que haya podido dar el sistema, o mas bien su grado de importancia en el desarrollo i evoluciones sucesivas del arte médico.

La homeopatía, hemos dicho al principio, ha prestado un verdadero servicio al arte, poniendo de relieve ciertos vacíos de la hijiene i de la práctica médica de nuestros dias.

Vamos a esplicarnos.

Uno de los medios mas eficaces i fecundos en resultados como crítica de las producciones artísticas es la parodia, que, exagerando los vicios o mostrando el lado ridículo de las costumbres o de una obra literaria, ya por medio de la comparacion o de la antítesis, hace de ellas una verdadera caricatura, con mérito propio, en que el arte luce sus mas delicados rasgos i sus mejores coloridos. Muchas i notables trasformaciones socia-

les i literarias se han debido a la saludable intervencion de este jénero de crítica, manejado por los mas hábiles escritores.

Podria decirse que la homeopatía ha jugado inconscientemente, en medicina, un papel análogo a la parodia en la literatura i en las artes.

Burlándose de la extravagante polifarmacia, tan en boga a la época de su aparicion, ella la remeda sin embargo, i por prestarse a realizar el ideal de los profanos del arte, designa, para cada síntoma por separado, un medicamento; no le bastan los ya mui numerosos de la antigua materia médica, elije muchos otros entre varios grupos de sustancias, inofensivas a altas dósis, pero que fraccionadas al infinito debian convertirse en ajentes enérjicos i seguros. Esta subdivision podia llevarse hasta un grado, que la imaginacion mas poderosa apénas llegaria a apreciar.

Una fraccion de medicamento con la unidad por numerador, i por denominador la misma seguida de sesenta ceros, era muchas veces el término de *dinaminacion* necesario para desarrollar las propiedades de un medicamento. La accion de éstos, por otra parte, se ejerce en el mismo sentido que los trastornos morbosos, para sustituirlos i vencerlos; manera de obrar a que se ha dado el pomposo nombre de *lei de los semejantes*, en oposicion a la *lei de los contrarios*, que ellos suponen ser la fórmula sintética de la medicina de observacion.

1 como si estas curiosas doctrinas no fueran bastantes para asegurarles un puesto de honor al lado de los procedimientos del iluminismo i de la majia, hai médicos i espositores del sistema que aconsejan para tal o cual enfermedad un cienmilonésimo de grano de *camomilla*, por ejemplo, i *como medio accesorio*, tres, cuatro tazas de infusion de lo mismo; hai otros que pretenden combatir con sus globulillos las enfermedades morales, los efectos de las pasiones i cualesquiera modificaciones del ánimo, habiéndose escrito libros enteros que se ocupan de tales supercherías. (Bourgeois, les passions, 1863.)

Pues bien, cuando, algunas veces, sea por los solos esfuerzos de la naturaleza o en virtud de una hijiene racional i bien dirigida, el enfermo se cura de una afeccion periódica, fiebre o neurósis, u otras enfermedades de ciclo o evolucion constante, el sistema triunfa, haciendo de la naturaleza medicatriz un cóm-

plice de la impostura de los átomos medicinales, i crece el número de panejiristas, víctimas de esa mistificación, que pregonan a los cuatro vientos las excelencias del *symphitum*, la *camomilla* i el *sulphur*.

Si Molière hubiera conocido esta verdadera tramoya de ciencia imaginaria i de medicamentos *in nomine*, habria podido sacar de ella recursos del mas sorprendente efecto para sus cómicas escenas de doctores en enemas, sangrías, eméticos, etc., etc. Las píldoras de miga de pan que mas de un pedante preconizaba, en aquellos tiempos, como un específico de las afecciones nerviosas, eran el precursor de los granulillos de azúcar, inventados despues por el hacedor de un sistema, que pretendia operar una trasformacion completa i radical en la medicina.

Tal es la homeopatía como arte. A la vez que sin saberlo, o por espíritu de novedad i de táctica, reacciona contra el abuso de los compuestos i mezclas medicinales, como una especie de compensacion a aquella singular manía de hacer de cada enfermo un almacén de engrudos i de opiatas, la flamante doctrina da campo a importantes reflexiones, casi digo, a notables mejoras destinadas a fructificar i a estenderse en el terreno de la sana práctica. Ese estraño sistema abre paso a multitud de observaciones que no habian sido ántes tomadas debidamente en cuenta, i marca, en el espíritu jeneral de la terapéutica, modificaciones utilísimas i en particular una saludable tendencia hácia la hiiene, mas latamente comprendida i aplicada de lo que habia sido hasta entónces.

Voi a insistir un poco sobre esos diversos puntos. Sin pretensiones de trazar un cuadro completo, que podria llenar mas de un volúmen, entrando en detalles no accesibles a la jeneralidad de las personas que me escuchan, me propongo solo echar una rápida ojeada, en el terreno de la historia i de la filosofía, sobre lo que ha sido la práctica médica en los primeros años de este siglo, las modificaciones por que ha pasado, i lo que sigue siendo para muchos hasta hoi mismo, no obstante la marcha progresiva de las ciencias experimentales. En esta lijera esposicion, nos abstendremos, por cierto, de discutir el grado de certidumbre filosófica de la medicina de observacion, problema vastísimo i transcendental, cuya perfecta solucion pertenece todavia al porvenir.

Flotando a merced de sistemas intransijentes i absolutistas, en pugna abierta los unos con los otros, el arte, dirigido unas veces por el mas ciego empirismo, i otras, por la atrevida propaganda de los innovadores, fué durante mucho tiempo el palenque de discusiones acaloradas i estériles que lo hacian perder rumbo i estraviarse o retroceder en su camino.

Todos estaban, sin embargo, de acuerdo en una misma idea, la de imponer a la práctica principios fijos, de imprimirle una tendencia científica, para lo cual no estaban, por desgracia, suficientemente adelantados todavía los estudios fisiológicos. De aquí que naturalmente esos sistemas llevaran desde su nacimiento el sello de la decrepitud i de la desorganizacion.

Este, cree encontrar la clave de la patología entera en la *irritacion*, palabra vaga que traduce una idea mas vaga todavía. El otro, por el contrario, la halla en el *decaimiento* de las funciones (asténia), jeneralizacion que adolece de los mismos defectos que aquella. Aquí, por consiguiente, los estimulantes de todo jénero son el tratamiento casi esclusivo de las enfermedades: allí, a la inversa, es la dieta i los debilitantes.

En medio de esta fluctuacion e inconsistencia de las doctrinas, el empirismo tenia derecho a creerse el único sistema razonable i aprovechaba el momento de aparecer a los ojos del vulgo como uno de esos términos medios o de transaccion, que en filosofía se cobijan bajo el nombre de eclecticismo.

Nacido de esa especie de fusion entre los sistemas i la rutina, el empirismo, afecta recoger religiosamente la herencia de los médicos griegos i árabes, se impregna, a la vez que del sabio naturalismo hipocrático, de las extravagantes exajeraciones de los galenistas, coloca por orden en su *materia médica* toda la gruesa artillería de los remedios heróicos, multiplica las panaceas, i a su sombra cunde el charlatanismo, escudado por un pseudo-sistema.

A los estimulantes de Brown, a la lanceta de Broussais, sucedian los tóxicos, que, bajo la modesta forma de píldoras o electuarios, no eran, ni con mucho, mas inocentes que aquellos. Entraban a campear todos los compuestos minerales enemigos de la organizacion animal, todos los vejetales acres i virosos, exajerándose pomposamente sus virtudes i haciéndolos figurar en las mas complicadas asociaciones.

La química orgánica comenzaba apenas a estudiar los principios activos de esos productos vegetales. En cambio, eran bien conocidas las diferencias que imprimen a su energía tóxica el clima, el suelo, la edad i el modo de recolección. Todo era, pues, incertidumbres. ¡I se mezclaban, sin embargo, esos remedios al capricho del inventor de una fórmula, i se abusaba de tan estrañas mezclas, decorándolas con el nombre prestigioso de *panaceas*! El vulgo, humorista por naturaleza, no podía ménos que aplaudir con entusiasmo el advenimiento de una clase de remedios, cuya acción le era fácil de apreciar, i sin mas traslado, fué un súbdito voluntario, un decidido panejirista de las drogas eméticas i purgativas, como lo es hoy mismo de todo lo que, a su entender, espele los *humores*, domicilio obligado de las enfermedades.

La homeopatía fué, en esas circunstancias, mas que una burla, fué el sarcasmo de tales exajeraciones. Contemporiza desde luego con el *humorismo* de los unos, inventando el *psora*, vicio generador de casi todos los padecimientos. Pero a la vez quiere imponerles los principios de su nuevo dogma terapéutico. ¿Cómo hacer, decia, de los venenos, agentes curativos infalibles? Divididlos al infinito, sacudid muchas veces vuestras diluciones, i la subdivision i el frote os darán por resultado algo como una molécula magnético-tóxica, cuya acción curativa es inmediata i segura.

De otro modo, podriais ser envenenadores vulgares i no médicos.

Sí, por otra parte, en algun caso especial esperais una curación espontánea, nuestro átomo dinamizado goza del privilegio de no perturbarla, a la vez que de tranquilizar al paciente por esa especie de magnetización del espíritu, que se llama fé. *Qui vult decipi, decipiatur.*

Vuestras enormes masas de sustancias medicinales son, por lo ménos, una práctica grosera e inútil, cuando no el oríjen de nuevas enfermedades o de la agravación de las que se pretende combatir. Entre tanto, los átomos casi incorpóreos que nosotros empleamos, creados por un supremo esfuerzo de inventiva, van a ponerse en relación inmediata con el mal, multiplicando a un grado, apenas concebible, la fuerza curativa del remedio.

La homeopatía vino a ser, pues la antítesis de la medicina de los formularios, que, armada en guerra como el héroe de Cervantes, se ve con lamentable frecuencia, ya dando tajos i reveses contra entidades ficticias, ya tristemente asendereada por la inflexible realidad de los hechos. A la quijotesca autocracia de las panaceas opone su curioso estuche de gránulos azucarados, su diminuto arsenal de tinturas madres, tan inofensivas como aquellos. A la granizada de píldoras, bolos, mieles, oximieles i melitos, la homeopatía prefiere el ejecutar un simulacro o inocente parodia de combate, en que deja a la naturaleza hacer los gastos del trabajo, ayudándola probablemente en los momentos oportunos.

Es un andante caballero, que, sin creer en vestiglos ni en moros encantados, sabe calarse con gravedad una bacía de barbero por yelmo, si hai quienes por tal la pasen, i discurrir en la mas desusada algarabía con el tono majistral i sentencioso de quien predica a jentes convencidas o ignorantes.

Hanhemann, como los Fakirs de la india, que entran en éxtasis con solo mirarse fijamente la punta de la nariz; como los modernos Mahomas del magnetismo i del espiritismo, se imponia así, a los espíritus débiles, a las imajinaciones enfermizas, fascinándolos con el miraje deslumbrador de sus teorías i de sus portentosos triunfos médicos, escritos i contados a millares, al estilo de las antiguas *tablas votivas* de los templos paganos.

Antes de pasar adelante, debemos preguntarnos qué era *la enfermedad* para el reformador de la antigua medicina, si era acaso ese *mithos*, esa entidad desconocida en que muchos creen todavía, o era, como lo profesa la ciencia actual, solo un nuevo modo de ser de la fisiología, una perturbacion del sistema orgánico i funcional del hombre. Pues bien, Hanhemann, con la intuicion del talento o con la arrogancia de sus pretensiones, llegó hasta borrar de su doctrina la palabra *enfermedad*, contrayéndose solo al estudio de los *síntomas*, que eran para él la traduccion fiel i acabada de los padecimientos del sistema. Sin entrar a examinar lo que hai de erróneo en esta idea, bástenos decir que, por lo ménos, se aproximaba mucho a lo que es hoy la fórmula aceptada por los médicos fisiolojistas. Seria ciertamente una curiosa investigacion histórico-filosófica la de anali-

zar i poner en claro hasta qué punto las ideas que Hahnemann tenia a este respecto, podian ser sérias i maduradas.

Dejo esa tarea, no mui fácil por cierto, a plumas mas eruditas que la mia.

La homeopatía ha curado i cura, sin embargo, multitud de enfermos. Hé aquí el baluarte inespugnable de sus apolojistas i defensores. Tócanos, pues, seguirlos en este terreno, averiguar cuál sea el secreto, poco misterioso para los iniciados en la ciencia, de los triunfos que proclama, i de aquí qué otras ventajas ha podido reportar a la práctica, aparte del papel que le hemos asignado como crítica del falso empirismo i de las teorías absolutistas de otros sistemas.

Al reaccionar contra el abuso de las drogas i de las panceas, el reformador debia caer en un extremo diametralmente opuesto, como casi siempre acontece a toda reaccion violenta o interesada; pero no lo hacia quizas a ojos cerrados e improvisamente. No sé si los homeópatas han recordado en sus libros las doctrinas del naturalismo hipocrático o si se dan por continuadores de la obra de ese admirable jenio de la tradicion griega. El hecho es que la base real de su sistema no es otra que el método expectante, nacido de aquellas doctrinas, i cuyo principal fundamento consiste en asistir al desarrollo de los fenómenos patológicos, sin otra intervencion que la de los medios racionales de la hijiéne: principio verdadero, aunque entre ciertos límites i para ciertos grupos de enfermedades.

Las tres cuartas partes de las enfermedades, ha dicho un autor moderno, pueden curarse solas. El resto es de las necesariamente mortales.

Esta idea, que encierra la primera concepcion del método expectante, existia ya, como cosa perdida, en varios aforismos de Hipócrates, o, por lo ménos, i aun cuando debia saltar a la vista de todo médico juicioso i observador, no habia dado los resultados que ella prometia.

Preocupaciones de escuela, nuevos e incesantes descubrimientos en química e historia natural, i, por fin, falsos sistemas que se escudaban tras un nombre, bastaron para asegurar el

predominio de ideas mui distintas, haciendo, ya de este, ya de aquel medicamento, muchas veces segun los caprichos de la moda, poco ménos que panaceas, agentes heróicos, sin los cuales se declaraba a la medicina insegura, inútil, impotente.

Ahora bien, la homeopatía, comprendiendo todo el alcance de la hijiene i de los medios morales, como sistema curativo de varios grupos de afecciones, no vaciló en sustituir a las drogas sus gránulos de azúcar de leche, lo que no importaba otra cosa que poner en planta el método espectante i la hijiene terapéutica moral tan preconizadas hoi por todos los médicos observadores. Hé aquí la razon de la mayor parte de sus triunfos, i quién sabe si tambien el estímulo o causa ocasional de los considerables trabajos emprendidos desde entónces sobre estos últimos puntos i de que voi a hacer una lijera reseña.

Al hablar de hijiene terapéutica, me refiero a ese estudio en su sentido mas lato, comprendiendo en él la historia de todos los agentes o modificadores, físicos i morales, en medio de los cuales nace, se desarrolla i muere el organismo humano. ciencia incompleta todavia, vastísima en sus aplicaciones i cuyos primeros pasos auguran un grandioso porvenir.

Efectivamente, ¿cuánta suma de accion i de eficacia no encerrarán esos modificadores constantes de los seres organizados, dirigidos en tal o cual sentido que les permita corregir las desviaciones patológicas del sistema, cuando ellas han sido casi siempre determinadas o preparadas por el conflicto de las mismas influencias con el ejercicio regular i ordenado de las leyes de la vida!

Una verdad tan óbvia no necesita de demostracion, i de ella se desprende lójicamente, como un principio natural i seguro, la idea de encomendar, en primera línea, a los agentes hijiénicos la curacion de muchas enfermedades.

El aire, el agua, la luz, el calor, la electricidad, etc., que forman el *medium cósmico*, el estímulo natural de las grandes funciones orgánicas; los alimentos, sostenedores, como aquellos, de la vida vejetativa, hé ahí nuevos i poderosos recursos que la *mesolójia* o ciencia de los medios, ha puesto a disposicion de la medicina experimental.

Provisto el arte de tan valiosos elementos, el estudio de los

remedios, propiamente tales, ha comenzado a la vez, a salir del ciego empirismo que dirijia sus aplicaciones en épocas no muy remotas, i con la misma fortuna que la hijiene, se inaugura la terapéutica científica i racional. Existe ya un grupo de agentes de primer orden, en las diversas medicaciones, estudiado a la luz de los principios de la ciencia espermental. La química les ha prestado su poderoso continjente, simplificando la espermentacion i las aplicaciones terapéuticas.

Muy léjos estamos, por cierto, de pretender que estos resultados, fruto del progreso incesante de las ciencias físicas i fisiológicas, tengan una relacion inmediata con las supercherías de un sistema de pura imaginacion, como es la homeopatía.

Pero podemos, sí, avanzar que sus soñados triunfos, las curaciones espontáneas, ensalzadas en todos los tonos por sus fervientes partidarios, daban márgen a un estudio detenido de los modificadores hijiánicos, i hasta cierto punto, impulsaban a simplificar en lo posible los medios de ataque que la terapéutica pone en nuestras manos para la curacion de las enfermedades.

La polifarmacia, por lo ménos, i la rutina, que ya mucho ántes habian sido exhibidas en traje de arlequines por el gran cómico frances, Molière, debian hundirse bajo el peso del ridículo i de las exajeradas acusaciones que le hacia el sistema homeopático. I a la vez que ello conducia irremediabilmente a un camino opuesto, las ciencias naturales, que entónces pasaban a revestir el carácter espermental, imprimian un nuevo impulso i análogas tendencias, a la medicina de observacion.

Siquiera fuese, pues, inconscientemente i de una manera ocasional como la homeopatía pudo reaccionar contra antiguas preocupaciones i errores, ella ha compensado con usura los males que llegó a hacer en algunas jeneraciones de médicos con sus vanas i alambicadas teorías.

Pero no es esto solo. ¿Quién no comprende ahora que la medicina moral juega un papel tan estenso como la medicina física en la curacion de las enfermedades? Quién no aprecia debidamente lo que son capaces de obrar la fé i el entusiasmo en pro del mantenimiento i de la recuperacion de la salud?

¿Qué reactivo mas eficaz que las pasiones, la imaginacion, la esperanza, la imitacion, para modificar los organismos, mas o

ménos impresionables, cuyo modo de ser funcional obedece automáticamente, en ciertos casos, a las mas fugaces alteraciones del ánimo?

Allí está, para demostrarlo, la medicina mística, la teúrgia, que ha efectuado el milagro de las apariciones, el prodigio de los estigmatizados i de los convulsionarios, i que, aun hoi mismo, entre las buenas jentes, atribuye a los intercesores de la corte celestial el mérito de una curacion debida quizas a la jalapa o al ricino.

Asimismo, la homeopatía, conocedora del valor de las impresiones morales, sabe dar a sus globulillos todo el aparato de una medicina sobrenatural, esplotando a su favor las tendencias místicas de una gran parte del vulgo, i aun del vulgo sensato.

Esta especie de *medicacion moral*, si así puede llamarse, de la cual han formado parte, en otras épocas, los conjuros, los filtros, los amuletos, las prácticas relijiosas, etc., reforzada hoi con el ejemplo de los sucesos del magnetismo animal i de la homeopatía, descuidada, sin embargo, por muchos médicos del dia, i esplotada a menudo por el charlatanismo; la *medicacion moral*, decimos, está llamada a ser el capítulo mas importante de la higiene terapéutica, i uno de los objetos mas dignos de atencion para los médicos observadores. El opúsculo del doctor Feursterleben, tan lleno de ideas i de hechos, es, a la vez que una de las mas notables producciones sobre la higiene moral, la mejor prueba de mi aserto.

Hé aquí como un pretendido sistema científico, que no ha sido, en último análisis, mas que una transaccion con ciertas preocupaciones vulgares, ha venido a señalar un campo nuevo i fecundo de observaciones i de estudio, faz actual de la medicina científica i fisiológica.

El misticismo ha oscurecido la cuna de todas las ciencias. En medicina ha revestido las mas distintas formas, la majia, el sonambulismo magnético, la homeopatía; pero, resultado de sus propias exajeraciones, ha suscitado, hasta cierto punto, el advenimiento de una era científica i experimental, en que la

medicina llega a colocarse al lado de las ciencias físicas i fisiológicas.

Así han marchado siempre la humanidad i la ciencia, a través de los tiempos, en un círculo eterno de evoluciones, en que el error da lugar a la verdad, i la exajeracion de ésta enjendra de nuevo el oscurantismo i el atraso: tendencia inevitable de los espíritus que, comprendiendo falsamente la lei del progreso, persiguen muchas veces en un solo principio o idea la realizacion de problemas, reservados al porvenir.

Resumiendo en dos palabras estos lijeros apuntes, cuyo propósito ha sido presentar a la medicina homeopática bajo un aspecto que, segun creemos, no habia sido ántes examinado, concluiremos por repetir que si no es, ni puede ser, un sistema sério por sí misma, i mucho ménos un sistema curativo, ha desempeñado el papel de una parodia burlesca de aquel pseudo-empirismo, cuyo credo científico son la rutina i la ignorancia, i ha podido a la vez estimular el período de renovacion i de progreso a que alcanza hoi la medicina fisiológica i científica.

DR. F. R. MARTINEZ

Julio de 1873.